

Obama, o el acelerado desgaste de un año en el poder

Roberto Montoya

El discurso dialogante del primer presidente afroamericano de EEUU, sus audaces compromisos políticos y sociales iniciales con su pueblo y el mundo entero, cautivaron a millones y millones de personas. El “*yes, we can*” caló incluso en muchas mentes progresistas. El pasado 20 de enero se cumplió su primer año en el poder y comenzaron a hacerse los balances, a evaluarse sus resultados, a comprobar qué se mantiene aún en pie de su programa, de sus promesas. Y la comprobación es que el desencanto cunde, que Obama sufre una caída en picado en las encuestas.

“*A partir de hoy, debemos levantarnos, sacudirnos el polvo y empezar a trabajar para reconstruir América*”, dijo Barack Obama el 20 de enero de 2009, en el acto inaugural de su presidencia.

La mayoría de la población de Estados Unidos quería creer que eso era posible. Si después de más de dos siglos de vida como país independiente por fin un negro llegaba al poder, todo parecía al alcance de la mano.

Buena parte del mundo también quiso creer en que *Supermán* Obama sería capaz de plantar cara a las 200 multinacionales que mueven la economía de EEUU; capaz de enfrentar al *lobby* industrial armamentístico, al *lobby* judío, al *lobby* farmacéutico y a tantos otros poderes fácticos. Muchos creyeron que los siniestros ocho años de la Administración Bush habían sido una pesadilla que nunca se volvería a repetir, que todo cambiaría radicalmente. Los *neocons* se alarmaban ante las declaraciones de deseos y promesas del presidente. Confirmaban lo que habían dicho de él durante la campaña electoral, que era un “subversivo”, un verdadero “comunista”.

En enero pasado todavía, tras un año en el poder, Obama participó en Baltimore en un encuentro en un hotel, retransmitido por la TV, con los congresistas republicanos, sólo con los republicanos. Y una de las cosas que dijo ante ellos fue: “No soy un bolchevique, a pesar de lo que aseguran muchos de ustedes”, “No soy un ideólogo”.

A pesar de haber estado ya un año en el poder, parece que en EEUU no son pocos los que creen que Obama es un “bolchevique”. Increíble. El presidente estadounidense intenta por todos los medios tranquilizar a sus adversarios, pretende consensuar todas sus propuestas con los republicanos, quiere situarse en el centro, sea en el tema económico, migratorio, en la reforma sanitaria, como en política exterior, en todo.

El primer año de Obama en la Casa Blanca fue bien distinto en realidad a lo

que millones de personas pensaban. La carrera de obstáculos empezó enseguida. A tenor de las encuestas, los estadounidenses ven más oscuros que claros en su gestión. Si en febrero de 2009, pocos días después de iniciar su mandato, contaba con el 70% de aceptación popular, ésta ya había caído al 48% en enero de 2010.

Política nacional

La economía. Obama heredó un país sumido en la mayor crisis económica desde 1929, una situación muy distinta a la que recibió su predecesor, George W. Bush, de manos de Bill Clinton. Pero aún cuando todavía era candidato, en 2008, Obama no dudó en apoyar abiertamente a Bush para que se destinara una primera ayuda de 700.000 millones de dólares, a la que seguirían varias otras después, para salvar a los grandes bancos, a los mismos bancos y entidades financieras que precisamente habían provocado esa crisis que terminarían pagando millones y millones de personas en todo el mundo. Bush y Obama, defensores a ultranza del libre mercado, coincidieron en *congelar* éste temporalmente. Tal como propuso por otra parte en el Estado español el patrón de los patrones, Gerardo Díaz Ferrán, el presidente de la CEOE.

Papá Estado, con el dinero de los contribuyentes, salió a socorrer a quienes con su avaricia, su especulación y juego piramidal pusieron al mundo al borde del precipicio. Obama continuaría luego como presidente esa misma línea de actuación, aunque amenazando con imponer tasas extras a las entidades salvadas por el Estado y denunciando la hipocresía de que los ejecutivos de los mismos siguieran cobrando suculentos *bonus* en plena crisis. Obama se encontró allí con una primera contradicción. Tuvo que advertir incluso a sus más importantes asesores y miembros de Gobierno –lleno de *lobbistas*–, de que no toleraría que sus intereses particulares influyeran en la política económica. El 21 de enero pasado, al cumplir su primer año como inquilino de la Casa Blanca, Obama firmó una serie de órdenes ejecutivas y directrices por las que se congelaron los honorarios de sus asesores y se establecieron normas para disminuir el peso de los *lobbistas* en su Administración. Fijó una serie de criterios *éticos*. Así se estableció que ningún miembro de su equipo podrá encargarse de un área en la que tenga intereses el *lobby* para el cual trabaja o haya trabajado en los dos años anteriores a su nombramiento. La publicación progresista *Mother Jones* publicó en su número de Enero-Febrero pasado un artículo de Andy Kroll, en el que éste hace una relación detallada de una docena de cargos importantes del equipo económico de Obama que han trabajado hasta incorporarse en esos cargos como *lobbistas* o ejecutivos de entidades financieras como Lehman Brothers, Citigroup, Merrill Lynch, Barclays o Goldman Sachs. Muchas de las empresas a las que se ha visto obligado a amonestar Obama son precisamente algunas de las que invirtieron grandes sumas en su campaña electoral. Es habitual que las grandes corporaciones no pongan todos los huevos en

la misma cesta. Aunque lo hagan en distinta proporción, suelen *invertir* en las campañas de los candidatos de los dos partidos.

En enero pasado el Tribunal Supremo decidió precisamente acabar con los límites que había impuesto una ley federal en 2002 para la aportación económica de las corporaciones a una determinada candidatura. El Supremo ha decidido ahora que las corporaciones podrán destinar el dinero que quieran para respaldar a su candidato. El más alto tribunal de Justicia de Estados Unidos reconoce de hecho derechos constitucionales a las empresas, al argumentar que el poner límites a las aportaciones a los partidos “es una violación de la Constitución”.

Muchos expertos ya vaticinaron hace tiempo que si Obama no establece un sistema de regulación de los mercados financieros riguroso, como existió durante las décadas que siguieron a la Gran Depresión –hasta que acabó con él en los 70 el demócrata Jimmy Carter por considerarlo ya innecesario– sólo estaría aplazando el estallido de una nueva crisis.

La reforma sanitaria. El indudablemente loable propósito de Obama de dar cobertura sanitaria a ese 15% de la población desprotegido, más de 30 millones de personas, se ha enfrentado, como era de esperar, con la resistencia de fuertes intereses económicos y la oposición no sólo del Partido Republicano sino incluso de parte del Partido Demócrata. En su columna semanal del 7 de enero pasado, Amy Goodman, la directora del progresista *Democracy Now*, recordaba estos datos elocuentes aportados por una investigación reciente de la Escuela de Medicina de Harvard: Más de 45.000 personas mueren innecesariamente en EEUU anualmente a causa de la falta de seguro de salud. Según ese informe, en 2008 murieron 2.266 veteranos del Ejército menores de 65 años porque no tenían seguro de salud, cuatro veces más que todos los militares caídos en Irak y Afganistán en el mismo periodo. El intento de Obama de consensuar su proyecto de ley con los republicanos –una vez más– le llevó a quitarle buena parte de los elementos progresistas originales, como la cobertura del aborto. Aún así, con un proyecto que fue resignando cada vez más sus elementos esenciales, edulcorándose a un punto en que dejó de reconocerse su idea inicial, fue imposible que las dos cámaras aprobaran el mismo texto. En un caso inédito, la Cámara de los Representantes terminó votando un texto final muy distinto al que votó el Senado. Para sortear esa dificultad y poder unificar los dos textos para poder sancionar la ley de la reforma sanitaria, se preveía que se tendría que llevar a cabo un trabajo verdaderamente complejo de ingeniería política por parte de un Comité Bilateral especial. Pero antes de que ese proceso se iniciara se produjo un hecho que alteró completamente los planes. El Partido Demócrata perdió en el Senado, el mismo día en el que se cumplía el primer año del juramento de Barack Obama, el escaño que durante medio siglo mantuvo Ted Kennedy en Massachussetts. Con ello los demócratas se quedaron con 59 escaños, uno menos del número necesario para poder impedir el bloqueo republicano en la

Cámara Alta, por lo que la ley de la reforma sanitaria, la promesa estrella de Obama, quedó fuera de juego. La izquierda demócrata ya criticaba a Obama por haber concedido tanto a los republicanos, mientras que la derecha del partido criticaba a su vez con una argumentación contraria, rechazaban que se aumentara de esa manera el gasto público. Para la derecha, el aumentar el gasto público en plena crisis podría tener un duro costo político en las próximas elecciones legislativas de noviembre. Por ello, el presidente, que asegura que luchará para encontrar una fórmula que le permita sacar adelante de cualquier forma la reforma sanitaria, lo tendrá muy difícil para conseguir siquiera el apoyo del propio Partido Demócrata. En 1993 Bill Clinton estuvo a punto de perder la Presidencia por su batalla a favor de una sanidad pública universal.

La reforma migratoria. A pesar de que buena parte de los 11 millones de inmigrantes ilegales que hay en Estados Unidos daban por hecho que un presidente afroamericano como Obama iba a ser el defensor de todos ellos, el presidente no cumplió con su promesa de presentar durante 2009 un proyecto de ley para regularizar a los *sin papeles*. Tampoco cumplió con su compromiso de velar por sus derechos y hacer “más humano” el sistema de detención, sobre el cual pesaban graves denuncias de distintos organismos defensores de los derechos civiles. Por el contrario, la Administración se vio obligada a reconocer que en agosto pasado ocultó en su informe al Congreso sobre los centros de detención de inmigrantes, una de cada diez de las muertes producidas en los mismos. En enero *The New York Times* revelaba que desde 2003 han muerto en ellos por malos tratos o falta de asistencia médica 107 inmigrantes.

Varios expertos han explicado por activa y por pasiva que lejos de suponer un deterioro para la economía, hacer emerger a esos 11 millones de *sin papeles* y la economía subterránea que hay detrás de ellos, podría suponer un incremento del PIB de cerca del 0,80%, un billón de euros en 10 años, y ponen por ejemplo los beneficiosos resultados que se obtuvieron con la Ley de Reforma y Control de la Inmigración de 1986, que permitió la regularización de tres millones de inmigrantes ilegales.

Política exterior

Defensa, seguridad y derechos humanos. “*En cuanto a nuestra defensa común, rechazamos como falso que haya que elegir entre nuestra seguridad y nuestros ideales*”, dijo Barack Obama en su investidura. Entre sus primeras medidas estuvo la de prohibir la tortura y las violaciones de las Convenciones de Ginebra, comprometiéndose a que el 22 de enero de 2010 cerraría las puertas de la prisión de Guantánamo. La base no se ha cerrado, sólo han sido liberados 44 de los 242 prisioneros que heredó de Bush, y, tras el atentado frustrado aéreo de las pasadas Navidades se han cancelado las liberaciones previstas de 44 prisioneros yemeníes contra los que no existe cargo alguno. La razón aducida para la can-

celación fue que el chapucero terrorista había sido supuestamente entrenado en Yemen y que dos líderes de Al Qaeda de la península arábiga, la organización que opera en aquella zona, serían ex prisioneros de Guantánamo según la CIA.

Obama tampoco ha anulado los tribunales militares impuestos por Bush, aunque es verdad que los ha dotado de mayores garantías procesales. ¿Qué hacer entonces con los prisioneros? Obama pretende que sus aliados europeos se hagan cargo de albergar y vigilar a algunas decenas de ellos, sobre los que no pesan cargos; que otros sean devueltos a sus países de origen y que la media docena contra los cuales hasta ahora se han presentado cargos, sean juzgados en territorio estadounidense, aunque no por tribunales federales sino por tribunales militares. Esta última propuesta se enfrentó a la resistencia de la mayoría de los gobernadores, que no querían recibir a esos prisioneros en sus cárceles por problemas de seguridad. Para sortear estos obstáculos, el presidente ha decidido comprar una cárcel casi deshabitada en una zona rural de Illinois, para convertirla en una prisión de alta seguridad. Y aún es incierto el futuro de los restantes prisioneros de Guantánamo, aquellos contra los que no existen cargos pero a los que el Pentágono considera “altamente peligrosos”.

Obama tampoco ha modificado la actitud de boicot a la Corte Penal Internacional emprendida por Bush, a pesar de que es el único tribunal mundial con capacidad para juzgar crímenes de lesa humanidad, genocidio y crímenes de guerra.

Irak, Afganistán, Oriente Medio. Al recibir el Premio Nobel de la Paz en Oslo, Obama justificó las “*guerras justas*”, y dijo que “*una de ellas está llegando a su fin*”, en referencia a Irak. El presidente oculta así que Irak, país invadido ilegalmente por EEUU y Reino Unido en 2003 sigue en el caos más absoluto después de siete años, con una economía e infraestructura devastada, donde el número de muertes de civiles y militares sigue siendo aún mayor que en Afganistán. La Administración Obama continúa respaldando al ilegítimo y corrupto Gobierno afgano de Hamid Karzai, en cuyo apoyo ha decidido enviar otros 30.000 soldados. Los ataques con aviones sin piloto, los *drones*, para evitar arriesgar al máximo a sus propias fuerzas, siguen provocando decenas de muertes de civiles en Afganistán y Pakistán, lo que alimenta aún más el odio de la población ante el ocupante extranjero. La nueva estrategia de Obama para Afganistán pretende fortalecer aún más las ofensivas militares contra los insurgentes, intentando a su vez dividir a estos e integrar a aquellos combatientes que se hayan unido a las milicias por desesperación y miseria. En la conferencia de países donantes en Londres de fines de enero, EE UU, Reino Unido y Afganistán presentaron como gran propuesta la creación de un voluminoso fondo (al que España ya comprometió 10 millones de euros) para “dar trabajo” (léase comprar) a los talibán *moderados*. Esa es la gran solución que ha encontrado EEUU y sus aliados para dividir y debilitar a los talibán, ante la imposi-

bilidad de vencerlos militarmente después de ocho años de guerra. Los talibán, que enfrentan a casi 300.000 soldados, entre las tropas gubernamentales y las extranjeras, cada año más fuertes, han rechazado cualquier tipo de pacto que no pase por la salida de todas las tropas extranjeras.

Lejos de conseguir el diálogo prometido al mundo musulmán en su discurso en la Universidad de El Cairo, Obama continúa en definitiva la política bélica emprendida por Bush.

En cuanto al conflicto palestino-israelí, a pesar de que el Gobierno ultraderechista de Netanyahu ha seguido con su asfixiante opresión y represión del pueblo palestino y con la expansión de las colonias judías en suelo palestino, Obama ha evitado siquiera amenazarle con sanciones, como hace rápidamente con otros países, como con Irán, su pesadilla desde 1979, estableciendo un constante doble rasero y logrando la complicidad de la UE.

América Latina y el Caribe. América Latina y el Caribe experimentaron grandes cambios políticos entre la salida de Bill Clinton en enero de 2001 y la llegada del nuevo presidente demócrata en enero de 2009. La región hizo un claro giro a la izquierda. A pesar de sus variados matices, nunca antes habían coincidido simultáneamente tantos gobiernos de izquierda o centro izquierda. En Cuba ya no está Fidel Castro al frente del poder, pero está su hermano Raúl. Venezuela, Bolivia y Ecuador lideran el *Eje del Mal* latinoamericano, según el prisma de EE UU; Uruguay está presidida por un ex jefe de la guerrilla de los Tupamaros; Nicaragua por el líder histórico del frente sandinista; el vicepresidente del Congreso salvadoreño es un ex guerrillero del FMLN; el vicepresidente boliviano fue líder de la guerrilla de Túpac Katari y la *delfín* del PT brasileño elegida por Lula para sucederle, combatió con las armas contra la dictadura militar. Paraguay está presidida también por un *cura rojo*.

La población campesina e indígena ha asumido un protagonismo sin precedentes, han nacido estructuras regionales como el ALBA, UNASUR, el Banco del Sur, en un claro intento por romper la dependencia económica, financiera, política, militar y cultural de EE UU y Europa.

¿Cómo se ha posicionado Obama frente a esa nueva realidad? Con un tono de voz más suave y dialogante que Bush, pero nada más. Con respecto a Cuba, ha anulado los límites a los viajes y remesas de sus ciudadanos a la isla, pero no ha levantado el bloqueo, que sigue teniendo más graves consecuencias económicas, sanitarias, científicas y culturales de lo que se cree. Frente al *Eje del Mal* de la región no ha cambiado en nada la postura de su predecesor.

Y con respecto a la región en su conjunto ha dado ya algunos pasos alarmantes. En relación al golpe militar en Honduras ha mantenido inicialmente una postura ambigua y blanda, para pasar luego a legitimar a los golpistas liderados por Roberto Micheletti con la exclusión del presidente Manuel Zelaya y el reconocimiento de las ilegítimas elecciones. Tegucigalpa y Washington han estre-

chado ahora las relaciones y rediscuten el futuro de la base militar conjunta hondureño-estadounidense Coronel José Enrique Soto Cano, situada en la zona de Palmerola. La pista de esa base es una de las mayores de Centroamérica. La base fue creada en 1981 a instancias del entonces embajador de EEUU en Honduras, el *halcón* John Negroponte, y era un enclave de vital importancia para centralizar las acciones de apoyo a la *contra* nicaragüense, durante la revolución sandinista. Manuel Zelaya había anunciado ya su plan para inaugurar un aeropuerto internacional civil en dicha base, lo que iba a limitar enormemente las operaciones militares, algo que provocó gran malestar en el Pentágono.

Ahora, cuando claramente el Gobierno de Obama pretende hacer de Lobo un nuevo Uribe en la región, la permanencia y expansión de esa base adquiere gran importancia. En los años 90 la vía militar para resolver los conflictos en América Latina fue perdiendo peso, pero el auge del ALBA, los acuerdos militares alcanzados por los países latinoamericanos a través de UNASUR y el aumento del presupuesto militar de Brasil, Venezuela y otros países, ha hecho que EE UU volviera a dar importancia al tema militar y al fortalecimiento de sus bases en la región.

Dentro de esa misma estrategia se encuentra la decisión de reforzar la presencia militar en Colombia, a través de siete bases militares, las principales con las que cuentan la Fuerza Aérea, el Ejército y la Armada colombianas, centralizando desde ellas buena parte de las operaciones de espionaje electrónico e intervención del Comando Sur del Ejército de EE UU en toda la región.

Por otro lado, en 2008 la Armada estadounidense reactivó la IV Flota, que había sido disuelta en 1950 y comenzó a patrullar los mares de América Latina y del Caribe, respondiendo a las órdenes del Southcom, el Comando Sur de Estados Unidos, basado en Miami. La IV Flota cuenta con el portaviones nuclear George Washington, con submarinos, fragatas misilísticas y bombarderos F-14. Como reacción a la reactivación de la IV Flota, Venezuela y Rusia estrecharon sus acuerdos militares, y realizaron maniobras navales en el Caribe, con presencia del acorazado nuclear ruso Pedro el Grande.

La prepotente ocupación militar de Haití, a donde en vez de desplegar médicos urgentemente para atender a las víctimas del terremoto, como hizo Cuba, desplegó desde el primer momento a más de 12.000 soldados de la 82ª División Aerotransportada y del 24º Cuerpo Expedicionario de los Marines fuertemente armados, hace temer también la existencia de un plan más a largo plazo sobre este país al que tanto ayudó EE UU desde inicios del siglo XX a destruir y desangrar.

¿Qué planes tiene EE UU para Haití? El control de Haití permitiría a EE UU atajar la voluminosa entrada de droga que llega a través de este país a territorio estadounidense, e impedir al mismo tiempo que se repita la llegada de una nueva oleada de *balseros* a las costas de Florida, como se produjo en 1991, tras el golpe de Estado militar contra el presidente Jean Bertrand Aristide. EE UU

inauguró entonces un gran centro de internamiento de *balseiros* en la base de Guantánamo, precedente de la actual prisión.

El control de Haití no sólo interesa a EEUU para controlar a los *balseiros* y narcotraficantes. Desde mucho antes del terremoto EEUU, el BID, el FMI y la USAID, impusieron al presidente Preval como condición para recibir préstamos un plan que pasa por terminar de privatizar las empresas y recursos públicos; la creación de cerca de 20 zonas francas e importantes *resort* para turismo de lujo.

La lucha contra el cambio climático. Como presidente del país más contaminador del mundo, Obama logró encandilar a una parte del movimiento ecologista de EEUU con su promesa de “revolución verde”, pero lo defraudó ya en la Cumbre contra el Cambio Climático de Copenhague. Acudió a ella con las manos vacías. Hizo malabarismos entre bambalinas con China, Brasil, India y otros países, para poder firmar sus compromisos en un documento anexo al oficial, al negarse todavía EEUU a ratificar el Protocolo de Tokio. Obama aclaró que no podía firmar ningún pacto internacional sobre el cambio climático hasta que el Senado aprobara una ley sobre el tema. Obama aseguró que su país se sumaría al fondo de 100.000 de dólares anuales que aportarían los países ricos para ayudar a los países pobres más afectados y para que puedan tener un desarrollo no contaminante. Pero es un compromiso para hacerlo ¡¡a partir de 2020! Mientras la mayoría de países desarrollados anunció qué monto estaban dispuestos a aportar a ese fondo, Obama no lo hizo. Prometió rebajar las emisiones de CO2 de su país sólo en un 4% para el 2020, en comparación a las de 1990, siendo éste un porcentaje muy inferior al que se comprometieron a asumir los países europeos.

Obama ha demostrado en el primero de sus cuatro años de mandato para desilusión de muchos crédulos, que *Supermán* habita en la gran pantalla, no en la Casa Blanca. Ha replegado ya muchas de las velas que extendió e intenta hacer equilibrios para contentar a los tantos poderes fácticos que controlan su país. Tendrá su primera gran rendición de cuentas en Noviembre, cuando se deberá renovar la Cámara de Representantes, un tercio del Senado y varias gobernaciones.

Roberto Montoya, periodista y escritor, es miembro de la Redacción de *VIENTO SUR*, autor, entre otros, de los libros *El imperio global* y *La impunidad imperial*.